

UNIVERSIDAD Y HUMANISMO*

Preámbulo

Tras un título tan amplio como el de esta conferencia se adivinan casi infinitas posibilidades para elegir un tema determinado y dar con él satisfacción a los requerimientos especiales del presente ciclo. Y esto sin mayor esfuerzo, con dificultades casi mínimas. Son tantas las relaciones que surgen al pensar conjuntamente en dos cosas tan cercanas como la universidad y el humanismo, se trata de dos realidades que histórica y tradicionalmente se encuentran ligadas por tan íntimos y fraternales vínculos, que espontáneamente surgen por doquier incitaciones y perspectivas para iniciar el diálogo –un verdadero *Diálogo de las Humanidades*, tal como el exigido por la investidura de este ciclo– cuyo tema principal, en esta tarde, habría de quedar centrado en las relaciones que median entre aquellas dos presencias: el humanismo y la universidad.

Pero apenas pensamos en el tema que hemos elegido para nuestra conferencia, y avizoramos las múltiples facilidades que nos brinda, pronto se hace imperioso el deseo de formularnos como problema básico, aunque pueda resultar el más difícil, la verdadera función de aquel humanismo en la universidad –su misión o finalidad dentro de ella–, considerada en relación al país y a la época actual.

Nuestra conferencia aspira a tratar este problema. Sabemos –y así lo confesamos desde el comienzo mismo– que dentro de su marco existen dificultades insalvables, que en él se encierran complejos y escabrosos aspectos, y que, a la postre, los resultados que podamos obtener tal vez pudieran parecer ingenuos o desilusionantes. Mas, a pesar de todo, preferimos afrontar semejantes riesgos y peligros. La función del humanismo en la universidad es un problema que sentimos con tan íntima necesidad de esclarecimiento, es algo que tan obligados estamos a pensar y a meditar todos los días –sobre todo en esta difícil hora de nuestra vida– que para nosotros constituye un profundo e ineludible deber de conciencia expresar lo que hemos reflexionado acerca de ello, lo que apenas intuimos vagamente todavía, aquello incluso que nos permitimos esperar como hombres aprisionados y doloridos por sus circunstancias. He aquí, pues, que deseamos ser sinceros por sobre todo

* *Nota del Archivo E.M.V.:* La presente versión corresponde a la última edición, publicada el año 1967 en el libro *De la universidad y su teoría*, que fue corregida por el propio autor y difiere de algunos aspectos, estilísticos o de contenido, en relación con la precedente.

El lector interesado puede advertir los cambios introducidos comparando con la edición original publicada en el año 1957.

riesgo, por sobre todo escollo de peligro. Ha llegado la hora de que alguien se atreva a decir las cosas claramente y a llamarlas por su nombre: sin mentiras, ocultamientos o prevaricaciones. Lo que a continuación expresamos no es por ello el vacío fruto de una hueca elocuencia, ni son vanas palabras: es el testimonio de un hombre de esta hora que piensa y medita sobre una circunstancia que le duele y lo hace desvivir en esperanzas: en puras esperanzas. ¿Son, pues, mis pensamientos vanas utopías, quimeras, ilusiones? Tal vez. Pero quien las sepa oír profundamente, quien las analice y comprenda en su desnuda realidad, creo que hallará algo más que la aparente expresión de un pensamiento utópico. Ese caerá en la cuenta de que, a veces, si bien sólo queda vivir de esperanzas, es mejor sembrar a todo riesgo que no dejar el campo descuidado y sin labranza. Al fin y al cabo, como “pedagogo” que soy, como guía de unos cuantos estudiantes que confían en mí, considero un deber encaminarlos hacia aquello donde creo que reposa la verdad: la verdadera realidad de la función y la misión del humanismo dentro de la universidad.

Pero además –permitidme decir esto– como Presidente del Colegio de Humanistas, debo también dejar aquí mi testimonio acerca de ello, pues considero que semejante aspecto debe ser tratado dentro de este ciclo. Este ciclo, organizado en homenaje al Décimo Aniversario de la Facultad de Humanidades y Educación, quedaría incompleto si, al lado de las múltiples facetas que se han revisado en relación a los temas del humanismo, no se precisara cuál es la función de ese humanismo dentro de la universidad, en qué consiste su misión y cómo debe ella realizarse. Si todavía esa misión no está clara para algunos, debemos ser nosotros –los hijos egresados de esta Facultad– quienes asumamos la obligación de esclarecerla. Es también a nosotros –¿por qué no?– a quienes corresponde, asimismo, la obligación de enseñársela incluso a aquellos que debieron enseñárnosla, a aquellos que no pudieron o no quisieron, porque les faltaba clara y profunda conciencia de su autenticidad y deber.

I. Humanismo, Ciencia y Técnica

Que la universidad –en cuanto institución– se halla en estrecha relación y conexión con el humanismo es algo tan de suyo comprensible que, en rigor, ni siquiera debería mencionarse. Es más: se trata de un supuesto indiscutido y quizás hasta indiscutible. Como ya hemos dicho, la universidad y el humanismo son dos realidades tan fraternalmente vinculadas en sus nexos históricos, poseen tantas y tan variadas implicaciones mutuas en sus raíces sustantivas, que no es posible siquiera desglosar la realidad de una de los fueros y normas de la otra. Así como la universidad es la institución humanista por excelencia, el

humanismo es la expresión más cabal de los gérmenes e incitaciones que atesoraba en su seno la *universitas* del medioevo. De allí surgió la universidad renacentista: de allí también el humanismo. Y surgieron cuando la tradicional *universitas* trocó su espíritu, "católico" y "dogmático", en libertad y pasión del hombre individual y libre por el saber ateo; cuando el hombre –sujeto hasta entonces a la legislación de un ordenamiento omnipotente– se sintió dueño y señor de sus propios designios; y cuando, atraído por los enigmas que le planteaba el conocimiento de un universo antidogmático, de una creatura sin dios, y de una conciencia autosuficiente en su certeza, pretendió hacer de su espíritu el "legislador" del cosmos: señor del universo e intérprete de una verdad desnudamente humana. La universidad renacentista –como institución del saber laico universal– fue la expresión auténtica de semejante proyecto. De ella, a su vez, nació la universidad de nuestros días, y del seno de sus incitaciones se nutrió, creció y prosperó el "espíritu humanista" que ha dominado hasta nuestro tiempo. Mas no avancemos mucho en estas relaciones y recuentos. Es solamente el nexo histórico lo que deseamos destacar. Ya éste se insinúa claro y terminante: universidad y humanismo son faz y reverso de una misma moneda, conjunción de un idéntico espíritu, realidades que se implican mutuamente a lo largo de la historia y de su evolución.

Pero debajo de semejante supuesto hay cosas que, sin embargo, deben ser examinadas. Pues si es cierto que la universidad es, por excelencia, la expresión de un humanismo –el sitio o el lugar donde éste encuentra su máxima institucionalidad–, no obstante debemos preguntarnos cuál puede ser ese "humanismo" del que hablamos hoy –y precisamente "hoy"–, cuando intentamos esclarecer su mutua implicación con la universidad y la misión que debería cumplir dentro de ella. ¿Será, acaso, el humanismo entendido y concebido en su sentido clásico, ya tradicional, quiero decir, "renacentista"? ¿Será tal vez –suponiendo que éste haya perdido un tanto su vigencia– el "nuevo humanismo" que floreció en los comienzos mismos de este siglo XX, impulsado y propulsado por las curiosas doctrinas de Ferdinand Canning Scott Schiller, aquel famoso y renombrado catedrático y filósofo de la "revolucionaria" ciudadela de Oxford?

Tal vez negando toda implicación, todo parentesco y vínculo con esos "humanismos", debe comenzar esta conferencia, si ella quiere poner las cosas en su sitio. Pues, en efecto, si como hombres de esta segunda mitad de nuestro siglo nos quitamos la venda de los ojos, si practicamos como actitud mental que guíe nuestro examen el más desnudo y desapasionado análisis, habremos de llegar a una afirmación que, tal vez, resulte un poco extraña al escucharla, pero que –a pesar de su desnuda y casi brutal contundencia– nos debemos confesar como verdadera. Y es la siguiente: que el humanismo (entendido en un sentido clásico, o entendido en cualquiera de sus sentidos ya tradicionales) ha perdido vigencia en nuestros días; que su función dentro de la universidad tiende a hacerse secundaria; y que su

antigua preeminencia, la cual hallaba su expresión dentro del seno de la institución hasta casi comienzos de nuestro propio siglo, es cada día más simbólica que real, menos efectiva, menos verdadera, vale decir, ha llegado a ser decorativa.

Puede que a algunos les parezca extraño la formulación de un juicio tan comprometido; que les resulte altisonante que sea un “humanista” quien pronuncie una opinión tan duramente vejatoria en contra de su propia devoción y mística; pero, a pesar de todo, creo tener suficiente conciencia de lo que voy diciendo y de la extraña profesión de fe que en lo anterior queda insinuada.

En efecto, si quienes dedicamos nuestra vida a las humanidades no tratamos de engañarnos mutuamente, ni engañar a los que atraídos por el tradicional prestigio de ellas las veneran un tanto ciegamente; pero, sobre todo, si quienes dedicamos nuestra vida al estudio de estas disciplinas no tratamos de engañarnos a nosotros mismos... entonces una confesión se impone y es la siguiente: que dentro de la institución universitaria contemporánea las humanidades han debido ceder su puesto preeminente a la ciencia, e incluso (seamos aún más duros al decirlo) frente al ingente desarrollo, poderío y atracción, que ejercen los estudios propios de la técnica.

Esta es la situación y con disimularla no ganamos nada. La universidad contemporánea –si quiere ser de verdad *contemporánea* y satisfacer los requerimientos y exigencias que le formula apremiosamente la cultura de estos tiempos– no puede seguir viviendo en la ilusión de creer que tan imperiosa como la formación técnica-profesional, que reclama de ella la sociedad moderna (ávida y necesitada cada vez más de especialistas), puede ser la muy elevada, pero hasta casi lujosa formación de los espíritus cultivados en el amor y en la devoción por las bellas letras. Tan dramático y perentorio es el reclamo que el mundo y la sociedad imprimen a la universidad, que ella no cumpliría verdaderamente su función social más específica si, como instituto de enseñanza y formación, no concediera preeminencia decisiva a la ciencia y a la técnica frente a las humanidades. No se trata –entiéndase bien– de que el mundo contemporáneo niegue y desprecie las “bellas letras”, o que tenga una manifiesta aversión por el sentido de la formación humanista en su concepto clásico, sino que se ha visto obligado o compelido a subordinarlo frente a otros requerimientos más urgentes.

Tal es la situación. De su realidad, sin engañarnos, ni tratar de engañar a nadie, debemos partir si queremos ser sinceros con nosotros mismos y con nuestra propia fe de humanistas de este tiempo. ¿Pero cuál es la consecuencia inmediata que debemos extraer de esta primera afirmación? ¿Acaso la de que el humanismo se encuentra en trance de ser liquidado y abolido? ¿Sostendremos acaso que la universidad debe encarar realistamente la situación y –siendo fiel a los requerimientos de esta época– suprimir los estudios de las humanidades en aras de la ciencia y hasta de la técnica?

Semejante conclusión no sólo sería absurda –y pueril incluso– sino que estaría revelando una incorrecta comprensión del verdadero nudo del problema que planteamos. Pues óigase bien lo que hemos expresado: hemos dicho que el humanismo tradicional o clásico –cuyo sentido más específico rinde tal vez exagerado culto a la utopía y al individualismo– se encuentra en decadencia. Frente a sus incentivos y fines peculiares –también lo hemos afirmado– los valores y fines de la ciencia y de la técnica tienen una innegable preeminencia para nuestros días. ¿Pero quiere decir esto que el humanismo –en cuanto tal– ha perdido valor y vigencia para el hombre y que, frente a él, debe preferirse el desnudo cultivo de la ciencia y de la técnica?

Esto sería absurdo suscribirlo. En ninguna época como en la nuestra, en ningún tiempo con mayor fervor, el hombre ha sentido la necesidad de un humanismo y ha estado consciente de que la técnica y la ciencia –desnudas de éste y despojadas de los valores éticos que sólo él sería capaz de descubrir y defender– podrían convertirse en el mayor de los peligros para su propia vida. Esa es la situación: nuestro tiempo sabe –y más que “sabe” parece que “nota” o “siente” en su desesperada y desolada entraña– que la ciencia y la técnica deben necesariamente estar contrapesadas por el freno y las normas que impone el respeto a la dignidad humana, que ellas han de evitar su completo divorcio con el hombre, y que incluso sus más altas creaciones, si no quieren transformarse en un macabro aquelarre para la humanidad, tienen que ponerse al servicio de aquél en sus más altos e irrenunciables ideales. Si esto es así, si la ciencia y la técnica deben incluso servir a los fines del hombre... mal puede el humanismo estar condenado a desaparecer y ni siquiera haber perdido su puesto en las conciencias.

Pero repitamos la pregunta: ¿de qué *humanismo* hablamos? ¿Cuál es ese *humanismo* acerca del que el hombre cree –y ante todo presiente– que debe ser hoy guía y final de sus acciones, señor de la técnica, dueño incluso de los designios de la ciencia? ¿Cuál es –preguntamos concretamente– esa idea o ideal que debe regular y legislar, crear, destruir, forjar o aniquilar, lo que seamos capaces de hacer con los demoníacos instrumentos que la ciencia y la técnica han puesto en nuestras manos? ¿Cuál es esa meta que, ya no como utópico fruto del sosegado y contemplativo goce del espíritu en sí mismo, ni como arquetipo normativo del hombre en su individualidad absoluta, nos pone en camino de presentir una ética universal y concreta que (más que cualquiera otra de las éticas hasta ahora conocidas) sea capaz de darle a éste un ordenamiento planetario acorde con la dimensión también cósmica de su técnica y su ciencia?

Hemos llegado así a un punto decisivo para nuestra conferencia. Pues aquí hemos de afirmar algo que quizás todos estén pensando, pero que, por diversas circunstancias, hasta ahora no nos hemos atrevido a llamar por su nombre, ni a pensar claramente en sus

manifiestas consecuencias. Señores, he aquí la tesis fundamental de esta conferencia: ese *humanismo* por el que el hombre clama en nuestro tiempo, ese que presiente sin poderlo verificar tangiblemente, ese que se le hace imprescindible para no sucumbir ni aniquilarse, es un *humanismo político*.

¿Cómo ha surgido este humanismo? ¿Qué se propone? ¿Cuáles son sus fines? ¿Cómo hacer para convertirlo en una realidad tangible y efectiva? He aquí los puntos que nos proponemos atacar en la segunda parte de nuestra intervención. Su relación con la universidad –mejor dicho, la función que ha de asumir la universidad si quiere ser y no perder el rango de una institución humanista en nuestro tiempo– será el punto final de nuestras consideraciones.

Comencemos, pues, por fijar ordenadamente aquellos puntos.

II. Humanismo y Dimensión Planetaria

Al preguntarnos cómo ha surgido ese humanismo se nos llena de sentido la meditación anterior que, en forma de preludio para anunciar el tema, hemos realizado sobre la técnica y la ciencia. Pues –señores– he aquí algo sorprendente: *el humanismo político se origina o nace de la propia ciencia y quizá –aún más precisamente dicho– de la técnica*. En efecto, la técnica y la ciencia han obrado –entre los cientos de prodigios que cada día vemos y palpamos– uno que, tal vez por ser el más asombroso de todos, no ha sido todavía suficientemente analizado, pues sólo ahora es cuando comienza a insinuarse en las conciencias vigilantes.

He aquí en lo que consiste ese prodigio, esa verdadera revolución o milagro, que tiene el deber de afrontar nuestra época: *por obra de la ciencia –y aún mayormente de la técnica– el mundo se ha hecho morada universal del hombre y la tierra en total se ha convertido en el planeta que habitamos en común*. Meditemos en esto, que no es poca cosa.

En efecto, no hace más de doce años aproximadamente –o, para decirlo con mayores detalles y hacer más concreta la alusión–, antes de estallar el primer artefacto atómico sobre la faz de la tierra, la situación que confrontaba el hombre dentro de su mundo era radicalmente distinta a la que ahora se insinúa y en la que opera su conciencia. El hombre, antes de haber sido embargado por ciertos sentimientos cósmicos que la técnica ha desembozado y puesto a palpar dentro de él, en lugar de sentirse habitando un *planeta* y de experimentar al *mundo* en dimensión universal, notaba que su vida se hallaba inserta y circunscrita en receptáculos regionales perfectamente herméticos y aislados. Llamáranse éstos razas, naciones, culturas, o incluso continentes, todo se confabulaba para que él se

sintiera viviendo separada y disgregadamente dentro de ellos, mientras las otras culturas, razas, o naciones le eran completamente ajenas, e incluso, muchas veces, opuestas a los intereses de su existencia regional y particularizada.

Pero he aquí que la técnica, sea porque ha desembozado frente al hombre una situación en donde se le ha hecho patente un *temor cósmico* (al sentirse amenazado por una destrucción universal), sea porque ella y la ciencia han creado una situación donde el espíritu alcanza a comulgar sin fronteras con todos los espíritus (a través de la configuración y el sentido anónimo del *saber universal*), sea por lo que sea, lo cierto es que, como una realidad tangible y efectiva, por su obra se ha hecho posible y se ha creado una dimensión planetaria que domina la existencia y la conciencia del hombre que desvive nuestro tiempo. Se siente este vivir más que en un país determinado, más que como miembro de una raza o de una comunidad cultural hermética y aislada, en un *mundo* cuyo horizonte común es el *planeta* que habitamos: *el hombre de hoy* –por vez primera dentro de la historia universal– *se siente vivir en la Tierra como tal*. Semejante modo de sentir su vida y su existencia (ligada inexorablemente a la existencia de todos y cada uno de sus semejantes) ha despertado en él una vivencia radicalmente universal. *El mundo es hoy el universo humano*, y en semejante *universo* ya no existen fronteras ni límites artificiales. La técnica, sea como he dicho, porque ha despertado en el hombre el sentimiento cósmico de sentirse *amenazado planetariamente* (óigase bien: *planetariamente* y no *nacionalmente*, o incluso *individualmente*), sea porque, a la vez ha hecho posible un verdadero y efectivo *entendimiento universal* (al crear el transparente y objetivo lenguaje de la manipulación con instrumentos diseñados para el uso anónimo y común), ha transformado eo ipso la visión que sostenía aquél frente a ciertos fenómenos, abriendo a la par su comprensión para sentirse viviendo y existiendo en un *mundo universal*, en un auténtico *universo*. En este *mundo universal* –verdadera realización de un *cosmos*– sería ridículo hablar de hombres, cosas, bienes o valores, que pudieran distinguirse con el nombre de “próximos” y “extraños”. Dentro de un auténtico *cosmos* todos los hombres han de sentirse “próximos” –quiero decir: *prójimos*– y todos los bienes y valores tenderán a convertirse en “propiedad transindividual” –quiero decir: *común*.

Sobre esta dimensión que así queda delineada debe instituirse un *humanismo universal político*. Es más: ni siquiera debe instituirse –porque ello suena un poco a establecerlo artificialmente–, sino que ya, de hecho, y como un *factum* de nuestra concepción del mundo, la técnica y la ciencia han originado la necesidad de ese humanismo.

¿Pero qué se propone semejante humanismo? ¿Cuáles son sus fines específicos?

Existe el peligro (al que queremos desvirtuar no por comodidad, sino porque las cosas mismas nos lo imponen para ser fieles a nuestra meditación) de que, al designar a

este humanismo con el término calificativo de *político*, se tienda a confundirlo con una doctrina política determinada. Lejos de nuestras intenciones queda esto. Y no –óigase bien– porque le temamos a que se nos confunda con “políticos” (pues como filósofos ya lo somos y debemos serlo), o por temor a que nuestras ideas puedan adscribirse a cualquiera de los “ismos” que prueban suerte por el mundo (ya que gustosamente quisiéramos poder comulgar en algunos de ellos si acaso no tuviésemos algunas reservas fundamentales), sino que la razón que tenemos para oponernos a semejante confusión es razón de principio y no meramente una excusa de comodidad. Si nuestras ideas se acercan o pueden ser aprovechadas por cualquiera de las múltiples y diversas tendencias politiformes que hoy luchan por alcanzar un predominio, no será cosa de nosotros ponernos al servicio de ellas, sino que todas ellas –por el motivo que explicaremos de seguidas– podrán servir a los fines de este *humanismo político* que vamos delineando.

En efecto, comencemos por decir que lo que llamamos un *humanismo político* no es una *doctrina* sino, antes bien, una *actitud*. Como tal, este humanismo puede aceptar para sus fines –y para lograr hacer prevalecer esa *actitud* que preconiza– cualquier *doctrina*, con tal de que ésta no atente en contra de un principio básico que ha de sostener todo humanismo, valga decir: *la libertad del hombre para pensar y expresarse, pues en esa libertad radica la posibilidad de defender y hacer respetar la intocable dignidad de la persona humana*.

Pero como *actitud* que es, el *humanismo político* tiene concretas finalidades, las cuales debemos delinear someramente para evitar equívocos y ambigüedades. Comprendemos que una conferencia no es lugar adecuado para tratar siquiera de formular un tal programa; mas, a pesar de todo, correremos el riesgo de asentar por lo pronto dos *principios* que son absolutamente indispensables para que se entienda –al menos– por dónde van las cosas que pensamos.

Para cumplir este designio explicaremos, en primer lugar, qué significado tiene el término *humanismo*, con el cual designamos la *actitud* que él representa; para entrar luego a precisar –como un segundo punto– qué sentido tiene el que usemos el calificativo de *político* para adjetivarlo y determinarlo.

Comencemos por decir que si hablamos de *humanismo* no es por capricho, elocuencia, ni retórica. Es más bien porque necesitamos de semejante término para que la *actitud* que él representa no se confunda con una simple ideología, o con las peligrosas aberraciones a que conducen las utopías ideológicas que hablan vagamente del hombre y de la humanidad –bajo el título de “humanismo”– sin precisar su contenido. Usar ese término en sentido estricto, y preservarlo de la adulteración “ideológica” que le dan ciertas *doctrinas*, he aquí lo que debemos proponernos en primer lugar para hacer comprensible la *actitud* que él representa. En efecto, todo humanismo –y toda “ideología humanista”, sea la que fuere–

hace referencia al hombre, como también hace directa referencia al hombre este humanismo que vamos diseñando. Pero aquí yace un peligro verdaderamente radical. Pues hay que recalcar e insistir en que, si es cierto que toda *ideología* hace referencia al hombre, y que toda *ideología humanista* –con más razón– habla de él, no es menos cierto que, a pesar de así llamarse y de contener esa alusión, tales *ideologías* no tienen al hombre por sujeto primordial de sus programas, sino que lo conciben –cuando más– como simple “*medio*” para lograr sus “*fin*es” ideológicos, valga decir, el triunfo de sus ideas. Y esas “ideas”, señores, verdaderos “fines” de las ideologías, resultan, a veces, paradójicamente, atentar en contra del hombre mismo. Pues ellas –óigase bien lo que voy a decir– o sacrifican la libertad en aras de otros “fines” secundarios a la propia libertad (e incluso a la dignidad del hombre), o, si no, adormecen el dolor de la existencia terrenal con sofismas y promesas que no tienen verdadero fundamento y conducen a un quietismo resignado.

Frente a cualquiera “ideología” –que siempre lleva en sí el peligro de una idolatría de las ideas y las aberraciones propias del pensamiento utópico– el *humanismo político*, como *actitud*, concibe que toda ideología debe estar subordinada al hombre (a su dignidad, a su señorío), y, como postura terrenal que es, concibe que únicamente la existencia humana –y sus necesidades inmanentes– debe inspirar sus mandamientos. *En ello se revela que es el hombre y su existencia terrenal el sujeto primordial y el fin último de la actitud que diseñamos.*

Pero aclaremos, aunque sea mínimamente, semejante pensamiento. Hacer del hombre el fin y el final de la *actitud humanista* no quiere decir despreciar las “ideas” para endiosar los instintos –como si este humanismo fuese una apoteosis de la vida instintiva–, sino que del hombre reverencia justamente lo humano y más humano que hay en su existencia.

¿Pero no es esta una vaga fórmula que no dice nada? ¿Qué puede ser eso “humano”, e incluso “más humano”, que tiene el hombre y reverencia este humanismo? Ello –señores– es su *facultad política*. Con esto –además de quedar insinuada la razón del término que define y califica a este humanismo– entramos al segundo de los *principios* que deseáramos explicar aquí.

Lo político en el hombre, hemos dicho, es lo más humano que hay en su existencia. ¿Pero qué entendemos por *político*? ¿Por qué razón hacemos de ello “lo más humano” que posee el hombre en su existencia?

Político –como todos saben– viene de *polis*, lo cual en griego significa *ciudad*. Cuando Aristóteles definía al hombre como *animal político*¹, su definición venía inspirada en la capacidad social del hombre para vivir en la *polis*, en la *ciudad*, reunido en ella y habitando en común un lugar al cual servía y a la vez usufructuaba. Pues una *ciudad* es eso: un sitio

¹ Aristóteles, *Política*, 1, 2, 1.253a7.

que escogemos para vivir, sirviéndonos de los demás, pero también –por un compromiso *político*– dejando que los otros usufructúen nuestro propio aporte en ella. *Vivir políticamente es vivir en compromiso con los otros*. Esto –señores– es lo más alto y digno que puede hacer el hombre; incluso es lo que realiza plenamente su más pura esencia humana y lo distancia y diferencia de todos los otros seres animales. *Vivir comprometido* –existir políticamente– *es lo más humano del hombre y su existencia*.

Pero sin alargar mucho la reflexión –pues el tiempo apremia– veamos sucintamente qué significa vivir hoy *políticamente*. Ya la *polis* no existe, como no existen tampoco –según hemos visto– esas fronteras artificiales que dividían al mundo en recintos aislados y convertían la vida *política* en formas de vida política-nacionales, continentales, o incluso raciales. La única *ciudad* que resta hoy –la nueva *polis* que la técnica y la ciencia han hecho patentizar ante los ojos atemorizados del hombre– es la propia Tierra. *La polis contemporánea tiene hoy, también, estirpe y dimensión planetaria*. Vivimos en la Tierra y sabemos que, queramos o no, estamos comprometidos con nuestros semejantes en un destino terrenal común y universal.

Si ahora hablamos de un *humanismo político*, comprenderemos mejor de qué se trata. Es –permítanme resumirlo así– *una actitud cuyo fin apunta a comprender lo que en el hombre hay de más humano, valga decir: su existencia terrenal como ser político comprometido en un destino planetario*. Quiere este humanismo –y es su fin más específico– hallar el sentido de la existencia humana en este nuevo *orden planetario* que la ciencia y la técnica han impuesto para el hombre, y, mediante su comprensión y esclarecimiento, fijar las claves que permitan asegurar la *libertad* y la *dignidad* de aquél en medio de las exigencias sociales a que debe reverencia. *Integrar la existencia humana a este nuevo orden social de dimensión planetaria, descubrir un sentido de libertad para la acción comprometida en un destino colectivo, y revelar el significado de la dignidad humana dentro de un orden universal*, he aquí lo que debe ser meta de ese *humanismo político* que hemos diseñado.

Como actitud individual, él implica una ética de acción –una *praxis*– y, como posición *teórica*, un vasto programa intelectual que aún está por realizar. Pero al abordar semejantes ideas entramos en la tercera y última parte anunciada para nuestra conferencia: la relación que con este humanismo tiene la universidad. O –por mejor decir– la función que ella debería desempeñar si desea ser fiel a los requerimientos del tiempo en que vivimos.

III. Universidad y Humanismo

Si es fiel a estos requerimientos y mandatos, la universidad debería comprender que la única posibilidad existente para garantizar la pervivencia del espíritu humanista ante el

innegable desmedro que hoy atraviesa su expresión clásica por obra de la técnica y la ciencia, la simboliza y representa ese *humanismo político* que hemos diseñado. En efecto, así como decae y decrece el interés vital por las tradicionales disciplinas y estudios de las humanidades –desde el griego y el latín, pasando por las bellas lecturas de los clásicos, hasta llegar incluso a esa especie de erudición de gabinete que era tan querida del prototipo de humanista en materia histórica–, con la misma potencia crece y se desarrolla el interés por lo *político*, en el sentido que hemos dado a esta palabra. El hombre de nuestro tiempo centra y distiende su pasión intelectual –e incluso su interés vital más elevado, que es casi como decir su espíritu– sólo en aquellas circunstancias y sucesos en donde se juega y decide el destino planetario. Y es porque él sabe y sospecha (con esa ciega sospecha de los presentimientos que parecen confabulados en ciertas épocas para cambiar el rumbo de la historia) que en semejantes circunstancias se halla en juego su propio destino individual. Es tanta su pasión por ese destino planetario que, remedando un tanto la clásica sentencia, puede decirse que nada universal le es ajeno. El hombre de nuestro tiempo vive en semejante temple y si la universidad no quiere engañarse con respecto a él, debe comprender que su interés vital –que es lo único que de verdad debe importar a la pedagogía y lo único que debe ser tomado como base de la educación– es ese y ningún otro: el interés por lo político, por lo universal. Si el adolescente y el hombre ya maduro vienen a la universidad de hoy y acusan una marcada vocación humanista, mal se haría en querer transformar o enrumbar su inclinación dirigiéndola hacia las gélidas disciplinas humanistas que antaño daban prestigio a esa rama del saber. Al contrario, si queremos que ese adolescente o ese hombre resulten humanistas auténticos y hombres formados para hacer frente a los requerimientos de nuestro propio tiempo, cosas muy distintas a la vieja cosmología debemos enseñarles; y en lugar de atiborrar su mente con las pesadas artes de la clásica retórica, debemos tratar de despertar su pensamiento con el estudio de los problemas sociales que sacuden la época.

A tal respecto, la universidad debe comprender que lo más urgente y necesario no es formar al estudiante mirando hacia el pasado, sino templar su espíritu en miras del presente y aun del porvenir. No darle una cultura destinada al solo recreo esteticista de su espíritu, sino forjar a éste para el drama de una posible acción, alertando y previniendo los innúmeros obstáculos con que tropezará. En tal sentido, si la formación que recibe el estudiante es analizada a la luz de semejantes requerimientos, habrá de verse que en ella sobran muchas de las pesadas disciplinas con que antaño se adornaba el parnaso del saber, mientras que faltan inexplicablemente otras que cada día se hacen más urgentes e indispensables como auténticas ramas de las nuevas humanidades destinadas a semejante acción. La universidad de hoy, si quiere ser fiel al mandato imperativo de su tiempo, debe

empezar por formularse este examen acerca del saber que enseña –de su contemporaneidad y eficiencia en relación a la existencia política del hombre de nuestro tiempo–, y poniendo en práctica aquel fecundo principio de la economía en la enseñanza (que aconsejaba Ortega) tendría que comenzar por podar a rajatabla todo cuanto en ese saber resulte innecesario por caduco y accesorio –todo lo “anacrónico”, diríamos nosotros– dejando sólo en pie aquellas ramas de las humanidades que resuman un interés contemporáneo.

Pero al lado de esta labor de “poda” –para seguir con la metáfora– debe haber otra de interés complementario. Es una labor de “injerto”, destinada a renovar y a fortalecer la vieja savia de las disciplinas humanistas. En efecto, al lado de aquellas disciplinas humanistas que aún resten en pie, debe injertarse en el cuerpo de las nuevas humanidades los retoños fecundantes y lozanos de las modernas disciplinas económicas, y, junto a ellas, en apretada síntesis, algunas nociones fundamentales de la nueva filosofía político-jurídica que ha dado origen al internacionalismo actual.

Esas –señores– y no las gélidas y estetizantes humanidades de antaño son las auténticas humanidades que reclama nuestro tiempo. Mal haría una universidad, y cojearía absurdamente una facultad de humanidades, si no les da cabida en sus planes de estudio. El humanismo de nuestros días reclama que si alguien desea ser verdaderamente un “humanista” no sólo conozca el pensamiento de los clásicos, sino, a la par, los problemas y el pensamiento de su tiempo. Mal haría una universidad –repito– si al lado de Platón y Aristóteles, o del aprendizaje del griego y del latín, no incluyera, por ejemplo, el estudio del marxismo; o si, a la par de las *Críticas* de Kant, no se propusiera examinar, analizar y enjuiciar las encíclicas papales que abordan la cuestión social de nuestro tiempo.

Todas estas ideas (que, por supuesto, no pretenden pasar ni remotamente por un plan acabado y formal, sino servir de simples alusiones) confluyen, sin embargo, a delinear concretamente lo siguiente: la facultad de humanidades –si quiere ser fiel a los requerimientos de nuestra época– debe renovar radicalmente su básico delineamiento para acoger en sus estudios aquellas disciplinas que, de una manera inmediata, forman el básico intracuerpo de un humanismo político. Dicho esto en una forma tal vez más radical nos llevaría a formular un pensamiento que (a pesar de todo lo inmaturo que resulte) no podemos dejar de bosquejar, tentados como estamos por el deseo de renovar nuestra propia institución universitaria. He aquí, pues, de qué se trata: si la facultad de humanidades quiere, en verdad, encarar con responsabilidad y acierto la función rectora que de ella se espera –y, por ende, ser centro intelectual y dirigente del país– debería crearse, como cúspide de ella, una escuela de altos estudios políticos. A semejante escuela –en donde se enseñarían básicamente las disciplinas necesarias para realizar las tareas asignadas a eso que hemos llamado un humanismo político– deberían asistir no sólo los

estudiantes de la propia facultad de humanidades, sino también, y quizás con mayor urgencia, aquellos estudiantes (e incluso profesores) de las facultades de economía y de derecho que, por sus dotes intelectuales o la vocación manifestada, hayan dado muestras de ser los más capaces.

Pues semejante escuela no sería –oígame bien– una escuela más entre las múltiples que posee la universidad, sino la escuela que debería ser el centro creado por la universidad para cumplir una de sus fundamentales misiones: *la de contribuir a la formación de los dirigentes del país.*

Si la universidad encara con seria responsabilidad esa misión –y no la traiciona– debe tener conciencia de la altísima obligación con que está investida en cuanto institución. Para cumplirla, y para ser fiel a los mandatos de su tiempo, debe tener conciencia de que sólo aquellos hombres que estén embargados por el sentido político del nuevo humanismo pueden ser capaces de encaminar la vida de sus semejantes hacia el destino que parece adivinarse en el futuro: *la existencia del hombre realizada y vivida en dimensión planetaria.*